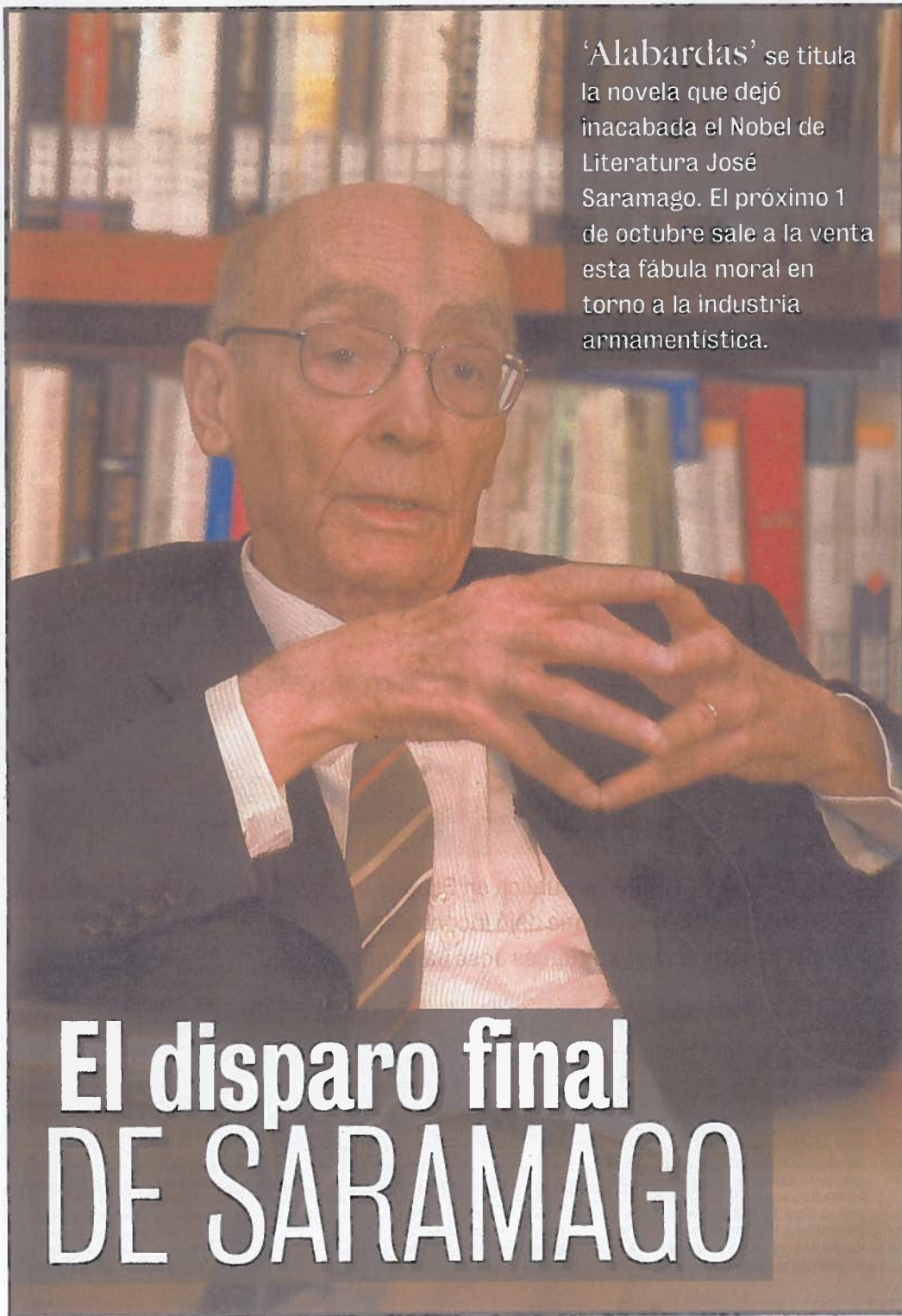


PLEAMAR

CULTURAL 24 de septiembre de 2014

7º Premio al fomento de la Lectura de la Federación de Gremios de Editores



‘Alabardas’ se titula la novela que dejó inacabada el Nobel de Literatura José Saramago. El próximo 1 de octubre sale a la venta esta fábula moral en torno a la industria armamentística.

El disparo final DE SARAMAGO

FOTOGRAFÍA



Las nuevas tendencias detrás de la cámara

Gran Canaria Espacio Digital muestra las tendencias por las que transitan algunos de los más reconocidos fotógrafos canarios en la 9ª edición del Encuentro de Fotografía Digital.

Pág. 5

EXPOSICIÓN



La Regenta se llena de rock y arte con mil vinilos

Javier Panera presenta en el centro de arte grancanario la mayor exposición organizada en España de vinilos, a través de los cuales se aprecia la vinculación de la música con la plástica.

Pág. 6-7

ARTE



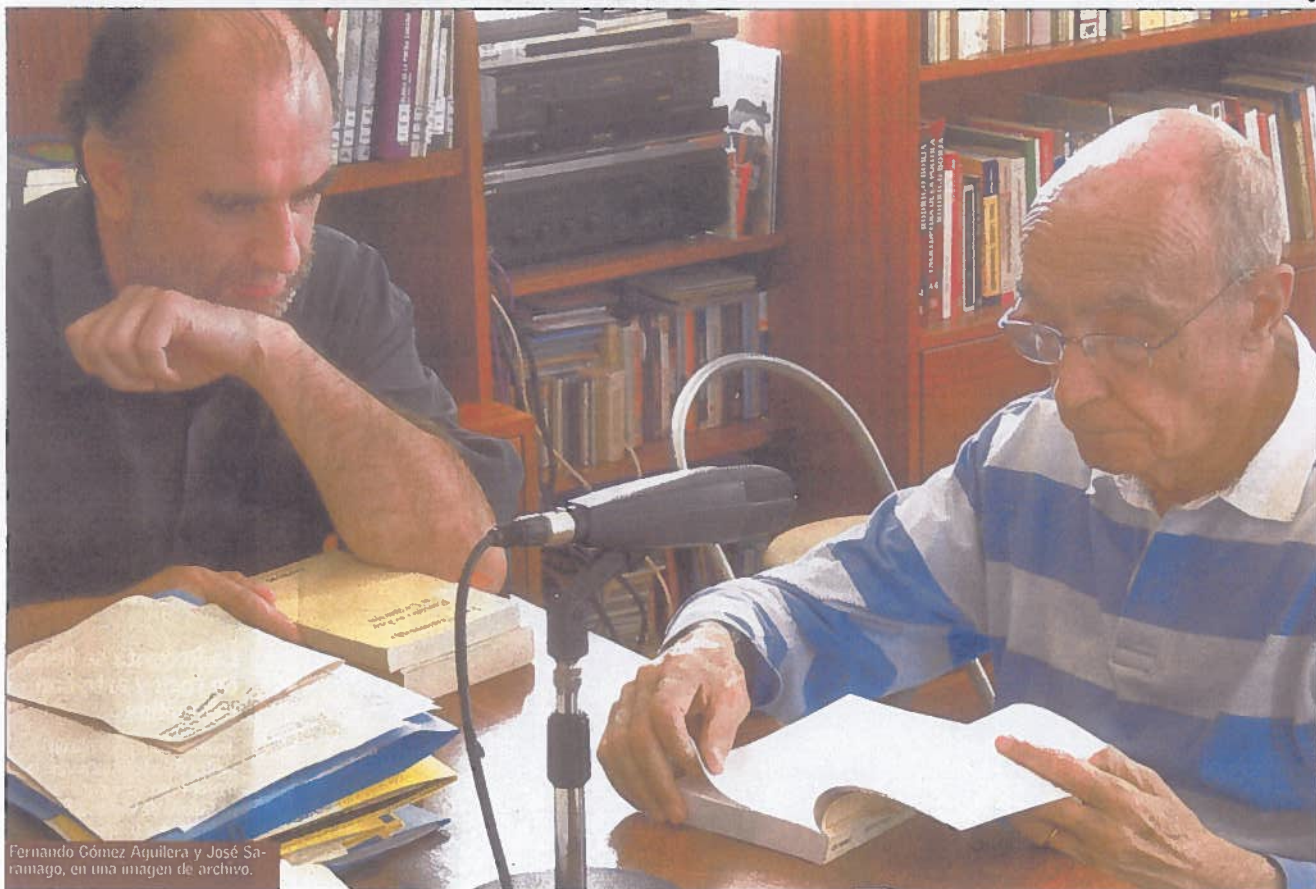
Dámaso expone su pasión viscontiana en Milán

El artista aguelense inauguró ayer en el Instituto Cervantes de Milán una exposición de pintura centrada en la figura y la filmografía del realizador Luchino Visconti.

Pág. 8



LUCIDEZ frente al negocio armamentístico



Fernando Gómez Aguilera y José Saramago, en una imagen de archivo.

♦♦ Por Victoriano S. Álamo

El 1 de octubre se publica en España 'Alabardas', la novela que dejó inconclusa el Nobel de Literatura portugués José Saramago.

Artur Paz Semedo es un empleado, más bien gris, en una fábrica de armamento. Le fascinan las piezas de artillería y en un momento dado decide hacer una investigación en su propia empresa. Su pacifista exesposa le anima a emprender este camino que le llevará a tener una óptica muy distinta sobre el cariz y las consecuencias de la industria armamentística. Este es el punto de partida de *Alabardas*, la novela que dejó inconclusa el premio Nobel de Literatura José Saramago (Azinhaga, 16 de noviembre de 1922-Tías, 18 de junio de 2010) y que la editorial Alfaguara publica el próximo 1 de octubre.

El volumen llega a las librerías acompañado de unas ilustraciones del también premio Nobel de Literatura Günter Grass, así como con sendos textos del cán-

tabro Fernando Gómez Aguilera y del italiano Roberto Saviano.

Gómez Aguilera, director de la Fundación César Manrique de Lanzarote, autor de la biografía cronológica de Saramago y amigo personal del autor de *Ensayo sobre la ceguera*, explica que al escritor portugués «de dio tiempo a escribir los primeros capítulos» de esta novela. «Dejó planteado el conflicto moral que le interesaba. Y a anotar las palabras finales con las que pretendía cerrar el libro. La historia está perfilada, pero su posición con respecto al asunto queda muy clara. Y, sobre todo, ha de subrayarse el tema que un autor de su

altura, con la obra ya hecha y estando muy enfermo, optó por encarar: Encierra toda una declaración de intenciones, una actitud congruente con su personalidad», asegura este poeta, crítico y comisario de arte.

El autor de *Ensayo sobre la lucidez*, *Claraboya*, y *El Evangelio según Jesucristo* tenía en mente esta novela desde hacía muchos años, según desvela Gómez Aguilera. «*Alabardas* aborda una cuestión consustancial a la humanidad y, si se me permite el juego verbal, a nuestra inhumanidad, algo que no ha dejado de perder actualidad, muy vigente por el contrario: la fabricación de ar-

mas, la producción de violencia, la barbarie de la guerra», apunta.

Un territorio, sin duda, tan controvertido como desconocido por el grueso de la población. Fruto del oscurantismo con el que se mueven las fuerzas fácticas y las grandes sumas de dinero e intereses que se movilizan en torno a la industria armamentística. «Tanto la guerra como el comercio de armas constituyen una de las actividades más lucrativas del mundo. Azorín decía que la guerra, asociada a la dominación, la devastación y la servidumbre, la producía el capital, al que, a su vez, favorecía. Afirmaba textualmente que de la guerra salían los capitalistas henchidos y lozanos. Y era consciente de que, mientras la economía tradicional no se transformase, en el mundo habría guerras. La industria militar ocupa una posición de privilegio en una economía que está al servicio de su negocio. Como recuerda Eduardo Galeano, es una industria cri-

minal necesitada de fabricar enemigos y de extender el miedo. Cada minuto el mundo destina tres millones de dólares a gastos militares», comenta Gómez Aguilera.

Las páginas que dejó escritas de *Alabardas* destilan el pesimismo tan característico en la producción literaria y ensayística saramaguiana. «Una vez más, en su literatura reflexiona sobre la relación del hombre con el mal que atenaza y sella su destino. El mal que provocamos y el mal que sufrimos. Pero también, y lo pondría en primer plano, cuestiona la renuncia personal a la responsabilidad de actuar de manera consciente, sin desentenderse de las consecuencias de nuestros actos. ¿Podemos vivir con dignidad sin exigirnos la tensión permanente de distinguir el bien del mal, sobre todo del mal radical, como es la violencia extrema ejercida contra otras personas? La novela dibuja el campo de batalla de un gran conflicto moral, sobre el horizonte de fondo de una controvertida cuestión filosófica: la banalidad del mal», asegura Fernando Gómez Aguilera, integrante del círculo más íntimo de amigos del escritor portugués y de su viuda Pilar del Río.

Luz a la quiebra moral

A lo largo de su extensa producción literaria, Saramago aportó personales dosis de lucidez a cuestiones esenciales de la vida contemporánea y de la condición humana. «En esta novela, que dejó inconclusa cuando la enfermedad que padecía se convirtió en un obstáculo insuperable, se planteó el mismo objetivo, como ya hizo en sus fabulaciones sobre los procesos electorales o la muerte? Fernando Gómez Aguilera lo tiene muy claro: «Señala el escenario de un gran conflicto y lo deriva hacia la responsabilidad individual. Denuncia el negocio obscuro y degradante de la industria armamentística. Creo que, en última instancia, levanta una piedra que oculta razones esenciales de nuestra renuncia, de nuestra negación como personas. Algo que ocurre cuando nos mostramos incapaces de pensar, de relacionar nuestros actos con los efectos que desatan, de no cuestionar el deber impuesto, de aceptar la crueldad y la indignidad de la violencia como una costumbre sobre la que no tenemos responsabilidad. Que sucede cuando no estamos a la altura de convertir la impotencia de las víctimas en nuestro problema. Aporta argumentos, interrogantes sobre la quiebra moral. De gran actualidad, por cierto».

Gómez Aguilera recuerda que Saramago siempre «mostró un indudable aprecio por las preguntas y por la incomodidad activa que provocaban. Le sorprendía la inexistencia de huelgas en las fábricas de armamento. Y se interrogaba por qué sucedía. Esta inquietud fue uno de los motores de la novela. Luego encontró la percha narrativa», para la que tiró de memoria. «Un día oyó contar en Badajoz que, durante la guerra civil, el bando nacional había arrojado una bomba que no llegó a explotar debido a un acto de sabotaje, de resistencia ética. En su interior se encontró un mensaje escrito en portugués que decía: *Esta bomba no matará a nadie*. En un principio pensaba que lo había leído en algún lugar y estuvo buscando en vano la fuente en diversas lecturas. Lo había escuchado y le conmovió que procediera de su país».



Pancarta contra la guerra de Irak, en el Estadio Insular, en el año 2003.

JUAN CARLOS ALONSO

EL TÍTULO

Fernando Gómez Aguilera desvela que Saramago, en un principio barajó titular la novela *Belona SA*, «en alusión al nombre de la diosa de la guerra de la mitología romana». Pero explica que finalmente se decantó por «adoptar como título un verso sonoro del dramaturgo portugués Gil Vicente».



Günter Grass, en 2003, durante su visita a la Fundación César Manrique, en Lanzarote.

CARRASCO

Tecleando hasta el último aliento para sacudir la realidad

♦♦ Por V.S.A.

Fernando Gómez Aguilera asegura que en distintas ocasiones escuchó cómo José Saramago aludía al tema principal de la novela, aunque sólo «al final de sus días» decidió abordar su escritura. «Resulta conmovedor recordar cómo asoció su último aliento de vida a las teclas del ordenador de las que a duras penas extraía un mundo de ficción dispuesto, como era costumbre, a sacudir la realidad, a desasosigar», rememora.

Con *Alabardas*, explica que parecía querer trasladar la siguiente reflexión: «Somos res-

ponsables. Pasar distraídos por encima del bien y del mal arroja consecuencias indeseables. Reflexionemos sobre nuestros actos».

Desde un punto de vista estilístico, esta novela inconclusa, según Gómez Aguilera, cuenta «con los atributos de la personalidad narrativa» de Saramago en sus últimas obras. Incluye «barroquismo depurado, diálogos vivos asentados en el registro coloquial, desarrollos cartesianos, personajes propios de su universo literario, estructura detectivesca, un narrador todopoderoso, ironía, paradojas morales...».

Artur Paz Semedo, el protagonista del libro, es un personaje «reconocible en el universo saramaguiano», según Gómez Aguilera. Se trata de «un burócrata gris, débil, rutinario, mediocre, que encuentra su contrapunto en la grandeza de una mujer fuerte, abrazada a sólidas convicciones». Considera que «no supondría un gran esfuerzo asociar el clima de *Alabardas*, por ejemplo, al de la novela *Todos los nombres*».

El volumen que edita Alfaguara cuenta con dibujos de otro también Premio Nobel de Literatura, el germano Günter Grass. «Tenían inquietu-

des comunes», dice Gómez Aguilera, que trató al autor de *El tambor de hojalata* durante su visita a la Fundación César Manrique en el año 2003.

Añade que «defendieron conjuntamente causas como el problema de la minoría étnica kurda en Turquía, la construcción de un estado ibérico o el retorno de Aminatu Haidara». Recuerda que al recibir el Nobel en 1998, Saramago dijo que quien se lo merecía antes que él era este escritor germano.

Sobre sus dibujos para *Alabardas*, explica que «son vigorosos, un fantástico tributo póstumo».